

## Perfil humanista de la universidad jesuita

José María Tojeira\*

**Palabras clave:**  
entrega, liberación,  
autonomía, solidaridad

### Unas palabras sobre el humanismo

Antes de hablar del perfil humanista de la universidad jesuita o de inspiración cristiana e ignaciana, permítanme recordar brevemente algunas ideas sobre el humanismo. Lo que hoy llamamos humanismo nace a finales de la Baja Edad Media, para terminar imponiéndose en la época del Renacimiento. Fundamentalmente, se trata de una forma de existencia espiritual refinada presente en clases pudientes ciudadinas, que buscaban una autorrealización autónoma, paralela al orden medieval. Unía un profundo sentimiento espiritual de autorrealización-divinización con el humanismo autónomo grecolatino. Cicerón era el guía, Petrarca el más claro representante. La idea agustiniana de que “Cristo es nuestro Dios, Cicerón el príncipe de nuestro saber decir”, expresa en parte ese modo de entender el mundo desde las virtudes clásicas grecolatinas unidas a la fe cristiana.

Esta tradición humanista incide en la creatividad de clérigos y laicos como Tomás Moro (Utopía), Erasmo y otros que piensan crítica e independientemente y que buscan hacer una nueva mediación entre la Palabra y la cultura humana a partir del descubrimiento de la individualidad y de sus paradigmas en la cultura clásica. El retorno a la lectura de la Escritura y sus fuentes comienza a universalizarse entre los laicos instruidos. Surgen ediciones críticas en la casi recién estrenada imprenta (Erasmo con su edición del Nuevo Testamento en griego, Biblia Políglota del cardenal Cisneros), así como nuevas traducciones. La Reforma

\* Director de Pastoral Universitaria, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.

pone un freno al humanismo grecolatino al colocar la lectura bíblica y su impacto existencial como el recurso clave para el desarrollo personal. Pero permanece en la literatura, en las ciencias y en las artes la búsqueda del equilibrio humano. En Ignacio, conocedor de los ambientes erasmistas y hondamente relacionado con muchos de ellos, los estudios clásicos implican una confianza básica en lo creatural, en lo humano, aunque la autorrealización venga de la conversión al seguimiento de Cristo.

Con todo y ello, a partir de la Reforma, la autorrealización personal queda como un elemento clave del pensamiento filosófico. La persona, desde la razón, desde la subjetividad, desde la liberación de toda alienación, desde la confluencia con el ser, se vuelve el centro del pensamiento. De hecho, el cristianismo, desde sus primeros tiempos, buscó siempre mediaciones entre la cultura circundante y la fe en la resurrección del Señor y el seguimiento de Cristo. Al mismo tiempo, desarrolló una crítica de todo humanismo que no surja de Dios y no se enraíce en la persona de Cristo. Sin embargo tampoco faltaron cristianos a lo largo de la historia que trataron de conversar con los humanismos no cristianos, sabiendo o pensando que estos son también expresión de una llamada de Dios a los seres humanos, que les habla en lo que es más de ellos: su propia humanidad. En la historia cristiana, los Padres Apologetas son los primeros en mantener esta visión crítica y dialogante con un humanismo en el que la autonomía de lo humano prescindía de Dios. La Carta a Diogneto, al describir a los cristianos como personas que “habitan sus propias patrias como forasteros, toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, y toda patria tierra extraña”<sup>1</sup>, nos muestra ya esa mezcla de diálogo, inserción y crítica del cristiano en los ambientes del imperio romano. San Justino, otro apologeta cristiano del siglo II, se

apropia de Sócrates considerándolo cristiano a través de la presencia en él de las “semillas del verbo”<sup>2</sup>, presentes desde la creación en el mundo, y que el mal no ha podido destruir. La obra posterior de los Padres de la Iglesia está llena de estos esfuerzos de mediación entre lo creado, la cultura imperante y la fe cristiana.

### Ignacio, conversión y humanismo

San Ignacio es parte de esta historia de diálogo cristiano con lo humano, que tiene su raíz en Cristo “que, siendo rico, por nosotros se hace pobre” (2Cor 8, 9), se hace humano, diviniza la humanidad al rebajarse a nuestra carne, como repite con frecuencia la liturgia. Ignacio parte de una experiencia de vida cortesana, que mezcla elementos medievales y renacentistas, y que termina contrastándose con una conversión radical a la que se añade una profunda experiencia de Dios en Manresa. Experiencia que, como en la primera carta de Pedro, 3, 15, le lleva a Ignacio a dar razón de su esperanza, expresándola a través de múltiples caminos que terminan en la mediación de la cultura y en la vida universitaria. La experiencia universitaria de Ignacio le ayuda a descubrir, en la misma institución universitaria, un canal de mediación entre lo humano y lo divino, y en ese sentido le llevará a relanzar, posteriormente, la universidad como instrumento de un nuevo humanismo cristiano, basado en la libertad personal y la capacidad de elegir.

La universidad, por supuesto, ha nacido bastantes siglos antes de Ignacio como “universitas” de amigos del saber, sean estos alumnos o profesores. Y en un tiempo en el que la sociedad occidental estructuraba rígidamente la sociedad desde el sacerdocio y el imperio, la universidad impulsa un nuevo modo de construir humanidad. El deseo de saber, la confianza en el conocimiento humano está en la base de la fundación de las universidades. Y lleva, al mismo tiempo

1. “Carta a Diogneto”, en *Padres Apostólicos*. Madrid: Ed. BAC, 1979, pág. 851.

2. “San Justino, Apología I”, en *Padres Apologetas*. Madrid: Ed. BAC, 1979, pág. 233.

que las constituye, a ampliar el concepto de humanidad. Las primeras universidades no son centros de profesionalización, sino centros de cultivo del saber universal, patrimonio de todos. La universidad rompe barreras locales, establece el conocimiento como fórmula de acercamiento universal, rompe las diferencias entre ricos y pobres que conviven en los mismos colegios, lo mismo que laicos y clérigos, e inicia una nueva dimensión y modo de concebir el poder y la organización social. Junto al “sacerdotium” y el “regnum”, surge como fuente de poder, fuerza también de organización social, el “studium”. Todavía a mediados del siglo XIII, Alfonso X el Sabio, en la primera gran colección de leyes en castellano, menciona que “dijeron los sabios que el emperador es vicario de Dios en el imperio para hacer justicia en lo temporal, bien así, como lo es el papa en lo espiritual”.

Ignacio, con su deseo de la mayor gloria de Dios y bien más universal, universitario él mismo, no tarda en descubrir las universidades como instrumento apostólico. En una época de reforma urgente de la Iglesia, su deseo ardiente de impulsar el bien más universal, que él concretaba como la mayor gloria de Dios, lo había llevado a pensar en una Compañía sumamente ágil, en continuo movimiento. Como le decía en carta a un Sebastián de Morranos en 1549, pertenecemos a “una Compañía que siempre debe estar casi con un pie alzado para discurrir de unas partes a otras conforme a la vocación nuestra y el Instituto que en el Señor nuestro seguimos”<sup>3</sup>. Una Compañía itinerante que en el anuncio de la fe sufriera persecución, dispuesta siempre a enfrentar el malestar de un mundo que se resiste al bien, y unos jesuitas que ante el Jesús que anuncia su Reino dicen: “Quiero y deseo y es mi determinación deliberada, solo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vitu-

perio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra sanctísima majestad elegir y rescibir en tal vida y estado”<sup>4</sup>.

Este asumir la pobreza no solo como austeridad de vida, sino como indefensión apostólica que opta por cargar la cruz de una historia en la que con frecuencia domina el pecado, es una opción radical de la Compañía de Jesús desde el inicio y es también la base del cristocentrismo de la espiritualidad ignaciana. Desde el primer momento, Ignacio mantiene lo básico de su intuición apostólica: sin cruz es difícil encontrar eficacia real. Y también la universidad debe estar sujeta a esa intuición. La oblación de mayor estima y momento, que pide sufrir por la extensión del Reino, el estar contento con recibir oprobios e insultos con Cristo insultado, el tercer grado de humildad o de amor que desea identificarse con el Cristo mal tratado, implica ya la opción de construir el Reino desde abajo, asumiendo la pobreza histórica del Cristo abandonado en la cruz ante el que hay que preguntarse “mirando a mí mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo”<sup>5</sup>. San Francisco Javier, uno de los grandes intérpretes del carisma inicial de la Compañía, mientras esperaba en Portugal la salida para la India, se quejaba de que en Portugal no sufría persecuciones. Pero se consolaba diciéndose que en la India las tendría, “pues vivir mucho tiempo sin ellas parece ser non militare fideliter”. Y cuando el conde de Castanheiras exigía que tuvieran ya en el barco que les llevaría a la India un criado que hiciera para los jesuitas los trabajos humildes, Javier insistía: “Señor Conde, el adquirir crédito y autoridad por ese medio que V. S. dice, ha traído a la Iglesia de Dios al estado en que ahora ella está, y a sus prelados; y el medio por donde se ha de adquirir es lavando esas rodillas y guisando la olla, sin tener necesidad de nadie, y con todo

3. *Monumenta Ignaciana*, Carta CLXIV.

4. “Ejercicios espirituales, oblación de mayor estima y momento”, n.º 98, en *Obras de San Ignacio*. Madrid: Ed. BAC, 1991.

5. *Ibid*, “Meditación del pecado”, n.º 53.

eso procurando emplearse en el servicio de las almas de los prójimos”<sup>6</sup>. El propio Ignacio a los padres Laínez y Salmerón, enviados al Concilio de Trento, les pedirá que visiten el hospital y den doctrina a los niños. A los enfermos les pide consolarlos “no solo con buenas palabras sino con algún regalillo, según vuestra posibilidad”<sup>7</sup>.

Ignacio, además, coherente con ese espíritu de pobreza histórica, rechazaba dignidades eclesiásticas y todo aquello que le llevara a descuidar tanto la cruz como la libertad para discurrir y caminar por el mundo con entera libertad. Y por ello rechazaba los nombramientos de obispos, que eran, en el tiempo de Ignacio, responsabilidades eclesiales que implicaban riqueza, ascenso social, poder y permanencia en un solo lugar. En la carta de 1546 a Fernando de Austria, decía: “Si yo quisiera imaginar o conjeturar algunos medios para derrocar y destruir esta Compañía, este medio de tomar obispado sería uno de los mayores”... (porque) “esta Compañía y los particulares della han seydo juntados y unidos en un mismo espíritu, es a saber, para discurrir por unas partes y otras del mundo, entre fieles e infieles, según que nos será mandado por el Sumo Pontífice; de modo que el espíritu de la Compañía es en toda simplicidad y bajeza pasar delante de ciudad en ciudad”. Y si se aceptaran obispados “por hacer bien en un lugar particular, haríamos mayor daño en todo lo universal”<sup>8</sup>.

Desde estos supuestos, podemos preguntarnos cómo Ignacio pasó de su primera opción de “caballería ligera”, de grupo que está siempre con “el pie alzado”, que asume la

pobreza de una historia marcada por la cruz, a unas universidades que son de por sí pesos pesados de la cultura y del saber, que tienen un lugar fijo y que suelen gozar de prestigio y estima. Ante todo, Ignacio siempre quiso sacerdotes buenos y letrados, personas bien preparadas, capaces de dar testimonio con la vida e ilustrar con la palabra las verdades de la fe. En segundo lugar, desde el pragmatismo de Ignacio y desde su propia experiencia en la universidad, estaba la dificultad de encontrar esa síntesis de bondad y letras en personas adultas: “... porque buenos y letrados se hallan pocos en comparación de otros”. Estas cualidades, indispensables para el tipo de vida jesuita, reformador, misionero a las órdenes del Papa, y escasas en un mundo demasiado empeñado en el brillo y la gloria personal, le llevan a Ignacio a pensar que la Compañía no va a crecer. Frente a las necesidades y peticiones crecientes, Ignacio se decide a “admitir mancebos que con sus buenas costumbres e ingenio diesen esperanza de ser juntamente virtuosos y doctos para trabajar en la viña de Cristo nuestro señor”<sup>9</sup>. Y sigue: “Y admitir así mismo colegios ahora sea en universidades ahora no”<sup>10</sup>.

La formación de “los nuestros” en una Compañía creciente, que podía además aprovechar la propia formación para ayudar a otro en esa tarea de un saber cristiano, se convierte en una de las razones para admitir universidades. Y más en unos tiempos eclesiales e históricos de profundo debate teológico, que se reproducía en las mismas universidades y que multiplicaba las tensiones que podían confundir a los jóvenes de una institución que necesitaba cohesión dada su novedad.

6. El Conde de Castanheira insistía, ante el Rey Juan III, que diera un mozo a Javier y compañeros para que les lavara la ropa y les cocinara en el barco rumbo a las Indias, porque sería en perjuicio de su prestigio y autoridad entre las gentes, si le viesen con el resto de la tripulación lavar su ropa a la borda del barco y preparar su comida en la cocina del mismo. La cita de Javier está tomada de Georg Shurhammer, *San Francisco Javier, su vida y su tiempo*, T I, pág. 922.

7. *Monumenta Ignaciana*, Instrucción a los PP Laínez y Salmerón al ir al Concilio de Trento.

8. *Ibid.* Carta XCIV de 1546 a Fernando de Austria.

9. Cuarta parte de las *Constituciones*, sobre cómo instruir a los nuestros, n.º 308 ss., en *Obras de San Ignacio de Loyola*, Madrid, BAC, 1991.

10. *Ibid.*

Finalmente, Ignacio valora, junto con la movilidad, la creación de cultura como un mayor fruto y bien más universal: quienes acudieran a nuestras universidades serían para Ignacio verdaderos multiplicadores del pensamiento cristiano y de la fe. Aceptados los colegios “para la edificación en doctrina y vida no solamente de los nuestros, pero aún más de los de fuera de la Compañía”, el paso a las universidades era evidente. Porque en las universidades se extiende “más universalmente este fruto, así en las facultades que se enseñan como en la gente que concurre y grados que se dan, para en otras partes con autoridad poder enseñar lo que en éstas bien aprendieron a gloria de Dios nuestro Señor”<sup>11</sup>. Si bien la teología la veía Ignacio como el tema principal, resultaba también indispensable para Ignacio el conocimiento de “letras de Humanidad y de las lenguas latina, griega y hebrea... Y también de otras como la caldea, arábica e indiana”<sup>12</sup>, estas últimas según regiones y lugares. Y, así mismo, “las Artes o ciencias naturales disponen los ingenios para la Teología y sirven para la perfecta cognición y uso de ella”<sup>13</sup>. Al ubicar todo lo que respecta a la aceptación de las universidades en “la mayor gloria y servicio de Dios nuestro Señor y bien más universal”<sup>14</sup>, era natural reconciliarse con ese tipo de institución fija, estable, pero que desde el saber creaba multiplicadores y formaba a los propios jesuitas jóvenes para alcanzar los fines pretendidos. El saber, como lo más humano de lo humano, había que ponerlo, como todo lo creado, al servicio del Reino, “solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados”<sup>15</sup>.

Sin embargo, se mantiene siempre vigilante la preocupación de Ignacio por mantenerse en el espíritu de cercanía a los pobres y a esa

pobreza desarmada y fuerte al mismo tiempo que brota de la cruz. En la Summa Instituti de cinco capítulos que envió al cardenal Contarini para que sobre ellos se hiciera la primera bula de confirmación de la S. J., le insistía en la importancia de mantener, en dicha bula, que los profesos tuvieran que enseñar catecismo a los rudos y humildes. El texto quedó definitivamente plasmado en la primera “fórmula del Instituto” aprobada por Paulo III el 27 de septiembre de 1540: “Es absolutamente necesario que el Prepósito y el Consejo cuiden con especial vigilancia de este ministerio, en los prójimos no puede levantarse el edificio de la fe sin fundamento; y en los nuestros hay peligro de que, cuanto más sabio es uno, quizá rehúse más esta parcela de trabajo, como menos brillante a primera vista, siendo así que no hay ninguna tan fecunda tanto para edificación del prójimo como para que los nuestros ejerciten a la vez oficios de caridad y humildad”<sup>16</sup>.

La Compañía nace con una especie de aparentes contradicciones internas que pueden desconcertar. Quiere convertir a las clases altas, incidir en quienes son o pueden llegar a puestos de influencia para multiplicar el bien y, al mismo tiempo, estar cerca de los pobres y practicar obras de misericordia. Tocar la estructura social para cambiarla o mejorarla (los “príncipes” de aquel entonces) y estar cerca de las víctimas de la misma. Y al mismo tiempo que rechaza las dignidades eclesiásticas, porque atan al bien de un “lugar particular”, acepta universidades y colegios. No era raro que, en ese contexto, hubiera gente que desde el principio la atacara. El mismo Ignacio le dice, a su compañero y amigo de fundación Simón Rodríguez, en 1546, que “se dice publice (públicamente) que nosotros queremos gobernar el mundo”<sup>17</sup>. Un año después le

11. *Ibid* Constituciones de la Compañía de Jesús, cuarta parte, n.º 440.

12. *Ibid* n.º 447.

13. *Ibid* n.º 450.

14. *Ibid* n.º 508.

15. *Ibid*. Ejercicios espirituales, principio y fundamento, n.º 23.

16. Fórmula del Instituto, en *Constituciones de la Compañía de Jesús*. Roma: Ed. Mensajero, 1995, pág. 34.

17. *Monumenta Ignaciana*, Carta XCVII a Simón Rodríguez.

repite lo mismo a Polanco, “que queremos gobernar el mundo”, y le recomienda “que ahí os ejercitádes en actos de mayor humildad, a mayor confusión del enemigo, del mundo y de la carne, así como sirviendo algunas horas al día a pobres en hospitales”<sup>18</sup>.

La respuesta a estas aparentes contradicciones y dudas ajenas está en la profunda confianza ignaciana en lo creado. Las realidades creadas conservan, todas ellas, la fuerza de Dios. Y si uno sabe usarlas desde la cruz, el resultado siempre es evangélico. No hay que olvidar que, en la contemplación para alcanzar amor, Ignacio insiste en que Dios no solo “habita en las criaturas”, sino que “Dios trabaja y labora por mí en todas cosas criadas sobre la haz de la tierra”<sup>19</sup>. Lo creado es instrumento de salvación para los seres humanos, siempre y cuando los rasgos del servicio y el amor crucificado acompañen el actuar, sentir y desear. De ganar el mundo para sí mismo a ganar el mundo para Dios, hay una distancia radical, expresada magistralmente por Javier en su deseo de entrar en China. El tercer grado de humildad de los *Ejercicios espirituales*, que desea positivamente identificarse con el Cristo maltratado, implica ya la opción de construir una nueva realidad mundana desde abajo, desde lo encarnacional, desde una especie de pobreza histórica que va más allá de la pobreza material, introduciendo al jesuita en las luchas cruciales de nuestro tiempo y confiando, exclusivamente, en Cristo y en la fuerza que genera para entregarse con “grande ánimo y liberalidad” al servicio del prójimo. Si la entrega está marcada por la incomprensión o incluso la persecución, la garantía del triunfo es todavía mayor.

En este contexto, la pedagogía ignaciana, aunque es un método de enseñanza, tiene que verse ligado a una espiritualidad para ser

comprendido plenamente. El método hace referencia en el fondo a los *Ejercicios espirituales*, fuente de interiorización de los valores evangélicos y escuela de voluntad decidida al testimonio y la predicación del Reino. La racionalidad frente a la realidad, tomada del “modo parisiense”<sup>20</sup>, va unida al espíritu de discernimiento que tiene como referente final el Evangelio y la vida de Jesús. La repetición se une al gustar internamente las cosas. El debate lleva al diálogo que termina con el “reconciliar a los desavenidos”<sup>21</sup>. El cultivo del sentimiento que brota del humanismo, del conocimiento de la cultura clásica en aquel entonces y de la cultura expresada en las artes actuales, debe llevar a fortalecer la voluntad para la acción.

Desde estas intuiciones ignacianas, podemos replantearnos el paradigma humanístico de nuestras universidades. La lista de preguntas es muy grande: ¿qué clase de humanidad debemos impulsar desde el saber?, ¿qué tipo de institución es la que debemos tener para ello?, ¿qué clase de formación debemos dar?, ¿qué clase de persona queremos formar?, ¿con quiénes y cómo debemos trabajar? Y podrían hacer muchas más. Pero para iniciar las respuestas, valga recordar la traducción que la Congregación General 34 hizo de algunos criterios apostólicos de Ignacio, entre los cuales está el del bien más universal, que el propio santo utiliza en relación a las universidades. La Congregación recomienda evaluar las propias planificaciones de los jesuitas a la luz de los criterios apostólicos de Ignacio leídos desde el servicio a la fe y la promoción de la justicia, actividades estas que se contemplan íntimamente unidas, y que constituyen hoy el meollo de la misión general de la Compañía de Jesús. Desde este contexto, cuando los criterios ignacianos “se interpretan a la luz de la fe que busca la justicia, el criterio de *mayor necesidad*

18. *Monumenta Ignaciana*, Carta CII a Polanco en 1547.

19. *Ejercicios espirituales*, n.º 235 y 236, en *Obras de Ignacio de Loyola*, ob. cit.

20. Ignacio insiste en el “modo parisiense” a partir de su experiencia en la Universidad de París.

21. Segunda Fórmula del Instituto aprobada por Julio III en 1550, *Constituciones de la Compañía de Jesús*, ob. cit., pág. 28.

apunta a lugares o situaciones críticas de injusticia; el criterio de *mayor fruto*, a los ministerios que puedan ser más eficaces para crear comunidades de solidaridad; el criterio del *bien más universal*, a la acción que contribuye a un cambio estructural capaz de crear una sociedad basada en la corresponsabilidad”<sup>22</sup>.

Los criterios ignacianos nos cuestionan y animan, especialmente a los que vivimos en países con graves problemas de injusticia y violencia, y donde la desigualdad es hiriente y conflictiva, sobre todo si somos una comunidad de amantes del saber, que aspira a la solidaridad interna, interdisciplinaria, que se vuelca solidariamente a decir una palabra a nuestras sociedades, y si tenemos además el deseo de que nuestros saberes ordenen, humanamente y con justicia, las estructuras de convivencia en nuestros países. Desde la historia que hemos invocado, desde la espiritualidad cristiana e ignaciana que hemos descrito someramente, y desde el ansia de un bien universal y estructural que llegue a todos, podemos ahora ir delineando el perfil humanista de la universidad jesuita.

### 1. Universitarios en busca de verdad

Nuestro perfil humanista es universitario y, por tanto, debe tener su base en el conocimiento. Los amantes del saber son, por lo mismo, amantes de la verdad. Y esto pone a nuestras universidades en frente de nuestras sociedades, mirándolas, analizándolas, buscando redención<sup>23</sup>. En otras palabras, nuestra propia realidad universitaria nos coloca ante lo público, y nuestra inspiración cristiana-ignaciana nos impulsa a incidir en lo público con todo el peso de nuestra institución. Aunque al dividir lo público y lo privado

como lo perteneciente al Estado frente a lo perteneciente a la sociedad civil, podamos decir que somos universidades privadas, nuestra vocación es eminentemente pública. Universidades públicas de administración privada podría ser una mejor definición de nuestro propio estilo universitario, siempre pendiente de lo que afecta a la convivencia ciudadana, siempre con el deseo de universalizar bienes básicos, continuamente abiertos al bien común. El conocimiento de la realidad, el investigar estructuras y dinanismos de esa misma realidad, el transformar e impulsar para todos una mejor estructuración de nuestras sociedades es un elemento indispensable de nuestro modo de ser. Nuestras instituciones, nuestros profesores, nuestros estudiantes no pueden conformarse con la enseñanza-aprendizaje que Paulo Freire llamaba bancario-acumulativa. Ni tampoco podemos poner el centro de nuestra universidad en el interior del campus. Al contrario, el centro de la universidad es siempre la realidad que late en nuestros países, tan diversa y compleja, tan sufriente y adolorida, tan llena de vida y esperanza. El afán de saber debe llevarnos a una investigación rigurosa y a una crítica constante. La famosa frase de San Agustín, tantas veces citada, marca de modo sugestivo nuestra actitud ante la realidad: “Busquemos como quien aún no ha encontrado, y encontremos como quien aún ha de buscar”<sup>24</sup>.

Desde este espíritu de búsqueda humilde, la investigación universitaria, base de una docencia inteligente, lleva siempre al servicio de las verdades más profundas e innegables de la existencia humana: la igual dignidad de todos los seres humanos, su radical autonomía y libertad, su indispensable y necesaria solidaridad. Nuestro conocimiento y nuestros

22. Congregación General 34, Decreto sobre “Nuestra misión y la justicia”, n.º 22, ed. privada, Roma, 1995.

23. En la meditación de la encarnación de los Ejercicios espirituales, n.º 107, Ignacio pide que con la Trinidad contemplemos el dolor del mundo y escuchemos a las tres divinas personas decir al unísono “Hagamos redención del género humano”. En *Obras de Ignacio de Loyola*, ob.cit.

24. Tomada con la formulación de Xavier Zubiri en un discurso agradeciendo un premio a la investigación. En realidad es una cita de San Agustín de su tratado *De Trinitate*, que reza formalmente: “Busquemos como si hubiéramos de encontrar, y encontremos con el afán de buscar. Cuando el hombre cree acabar, entonces principia” (*De Trinitate*, Libro IX, cap 1, n.º 1, editado en la ed. BAC).

saberes corresponden a seres que nos desarrollamos en referencia mutua, en comunicación permanente y que, al mismo tiempo, nos necesitamos unos a otros dada nuestra radical vulnerabilidad como especie. Nuestro desarrollo del conocimiento, nuestra búsqueda de la verdad, tiene siempre que desvelar la interacción entre todo descubrimiento intelectual o científico con la dimensión honda de nuestra humanidad. En América Latina, donde tenemos el riesgo de ser “más sensibles que precisos” es necesario recordar que “no basta la curiosidad para ir hacia las cosas: hace falta rigor mental para hacernos dueños de ellas”<sup>25</sup>. Y ese rigor mental nos conduce necesariamente a la visión de una sociedad empapada en problemas que hay que resolver y situaciones de injusticia que hay que superar.

A este respecto, es bueno recordar las palabras de Ignacio Ellacuría, reflexionando sobre el papel de la investigación universitaria en estos países nuestros tan golpeados por historias de muerte y violencia: “El tema fundamental de la investigación (...) es la realidad nacional, en cuanto necesita y puede ser transformada. Nadie debería conocer mejor la realidad nacional que nosotros, porque para ello, la ... (universidad) está en óptimas condiciones ideales para conseguirlo. Mediante el cultivo racional y científico de esta realidad, se pretende conocerla mejor y crear alternativas teóricas viables que otros habrán de realizar”<sup>26</sup>. Nuestro pensamiento, fruto de la investigación y la reflexión, debe ser un “arma cargada de futuro”, como decía el poeta Gabriel Celaya refiriéndose a la poesía en lugares de conflicto. Si hoy se pone como fundamento de la ética el hecho de que todos los seres humanos somos interlocutores válidos, en nuestros países tenemos el deber ético de rescatar para el diálogo a todas aquellas personas que, durante siglos, han sido excluidos de la palabra ciudadana.

Las universidades tienen que ser, en este contexto, un poder antipoder. Un poderío desarmado, con solo la luz que da el descubrir desde el conocimiento la fraternidad universal, orientada radicalmente desde la inspiración cristiana. Frente a cualquier manipulación de la verdad o del conocimiento por parte del poder, sea este económico, político o derivado de la fuerza bruta (única manera de llamar hoy a las armas), la obligación universitaria es, desde su esencia e identidad, trabajar por la construcción de la verdad afincada en las dimensiones humanas de la persona. En un mundo que idolatra el dinero, que cree que puede conseguirlo todo desde la manipulación del pensamiento, desde la propaganda consumista o desde la amenaza de las armas, los que pertenecemos a una universidad jesuita, de clara inspiración cristiana, podemos asumir como nuestro lo que decía Norberto Bobbio no hace muchos años: “La primera tarea de los intelectuales debería ser la de impedir que el monopolio de la fuerza se convierta en el monopolio también de la verdad”<sup>27</sup>. La inspiración cristiana, además, nos da una confianza radical en la verdad, en esa verdad humana y fraterna que llevó a varios de nuestros compañeros hasta dar la vida y a convertirlos en prueba de que “una institución superior de enseñanza e investigación puede convertirse en instrumento de justicia en nombre del Evangelio”<sup>28</sup>. Hannah Arendt, otra radical buscadora de la verdad, insistía en la preeminencia de la verdad, incluso frente a las fuerzas más oscuras y destructivas: “La verdad, aunque impotente y siempre derrotada en un choque frontal con los poderes establecidos, tiene una fuerza propia: hagan lo que hagan, los que ejercen el poder son incapaces de descubrir o inventar un sustituto para ella. La persuasión y la violencia pueden destruir la verdad, pero no pueden reemplazarla”<sup>29</sup>. Y para nosotros, añadiría, esta seguridad en la

25. Ortega y Gasset. “Carta a un joven argentino que estudia filosofía”. *El Espectador IV*, 1925.

26. *Escritos Universitarios*. San Salvador: UCA Editores, 1999, pág. 129.

27. Norberto Bobbio. *La duda y la elección*. Barcelona: Ed. Paidós, 1998, pág. 72.

28. Peter Hans Kolvenbach. I Congregación de Provinciales, AR 20 (1990) 452.

29. Hanna Arendt. “Verdad y política”, en *Entre el pasado y el futuro: ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona: Península, 1996, pág. 272.

fuerza de la verdad crece y se afianza desde la confianza en que la verdad básica de la humanidad consiste no solo en ser hijos y fruto del don, sino que estamos llamados y destinados al encuentro definitivo con la fuente de todo don y toda verdad.

Tenemos ya, así, un primer elemento de este perfil humanista de nuestras universidades: amantes del saber que se interesan por la verdad, que se dejan poseer por la misma y que se comprometen colectivamente en la construcción de lo humano. Pero este comprometerse con lo humano solamente puede tener eficacia desde la capacidad de crear cultura y no solo opinión. Nuestras universidades no pueden ser jardines donde florecen las individualidades aisladas. Desde la multidisciplinariedad y desde la diferencia de opiniones, debemos formar una verdadera comunidad de solidaridad hacia dentro de nuestra propia institución y hacia fuera de la misma. No podemos conformarnos con que se nos considere sociedad civil al mismo nivel que la empresa o los actuales medios de comunicación. Los amantes del saber estamos convencidos de que lo bueno y lo verdadero solo accede a su plenitud cuando se convierte en cultura. Y la cultura tiene siempre una dimensión comunitaria, no se construye desde individualidades aisladas, sino desde el diálogo y la aceptación mutua, desde el compartir y el caminar solidariamente en la vida. La cultura, como obra colectiva, avanza siempre hacia nuevas y mejores formas de civilización.

## 2. Creadores de cultura y comunidad

Hoy, en un mundo globalizado, el aspecto civilizatorio de la cultura, entendida como interacción de valores y prácticas, adquiere un aspecto de inevitable necesidad. Los derechos humanos, como marco de referencia externo

al poder, trazan ya los elementos básicos del desarrollo de una nueva civilización. La Iglesia católica ha hablado repetidas veces de impulsar una civilización del amor. Y más concreto, Ignacio Ellacuría, desde la Academia, hablaba de una civilización de la pobreza. En dicha civilización, y en oposición a la cultura del capital, el trabajo como realidad que humaniza debe ser la base de la convivencia y la estructuración social<sup>30</sup>. Hay que darle la suficiente prioridad al trabajo para que pueda, al mismo tiempo, crear riqueza y contribuir a la autorrealización personal, a la satisfacción de necesidades y al desarrollo de las capacidades de todos. Mientras la civilización del capital prioriza la acumulación de la riqueza como motor de la historia y del desarrollo, beneficiando solo a pequeños grupos, la civilización del trabajo mira y privilegia al conjunto de los seres humanos como productores de riqueza y, en el mismo sentido, gestores posibles de su desarrollo personal y social. Nuestras posibilidades universitarias no son ni con mucho tan enormes como las de los países desarrollados, pero pueden ser construidas positivamente desde un nuevo estilo del cultivo de las ciencias que esté mucho más empeñado en crear dimensiones civilizadoras diferentes, que incorporen a los más pobres y excluidos de nuestras sociedades a un estilo de desarrollo más humano. Y ese modo de cultivar la ciencia y la investigación puede favorecer, sustancialmente, un desarrollo equitativo y distinto del actual, que fuerza el crecimiento de y en la desigualdad, excluye de beneficios a los pobres y expulsa del territorio a la propia población, obligada muchas veces a migrar por la pobreza y la violencia imperante.

El papa Francisco ha criticado la cultura del desecho y ha repetido que la economía de la exclusión y la inequidad, clara impulsora de culturas capaces de prescindir de la

30. Ellacuría insistía en que el “trabajo no tenga por objetivo principal la producción de capital, sino el perfeccionamiento del ser humano. El trabajo, visto a la par como medio personal y colectivo para asegurar las necesidades básicas y como forma de autorrealización, superaría distintas formas de auto- y heteroexplotación y superaría, así mismo, desigualdades no solo hirientes, sino causantes de dominaciones y antagonismos” (I. Ellacuría, “Utopía y profetismo desde América Latina”, en *Escritos teológicos II*. San Salvador: UCA Editores, 2000, pág. 275).

humanidad débil, es una economía que mata. Como todos los ídolos, el dinero deificado pide sacrificios humanos. “La adoración del antiguo becerro de oro (cf. Ex 32,1-35) ha encontrado una versión nueva y despiadada en el fetichismo del dinero y en la dictadura de la economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humano”. La globalización del capital ha acelerado esta tendencia que el papa no duda en catalogar como “tiranía invisible”<sup>31</sup>. Esta realidad no es nueva. Ya Pío XI decía, en 1931, que “esta acumulación de poder y de recursos, nota casi característica de la economía contemporánea, es el fruto natural de la ilimitada libertad de los competidores, de la que han sobrevivido solo los más poderosos, lo que con frecuencia es tanto como decir los más violentos y los más desprovistos de conciencia”<sup>32</sup>. Pero la globalización ha multiplicado la dureza de esta situación y la ha hecho más palpable. Incluso realidades que en principio pueden considerarse positivas, como el aprendizaje de una lengua, pueden servir para dominar y oprimir. La tendencia a imponer el inglés como lengua franca, si bien puede verse como una ventaja, corre el peligro de convertirse en el símbolo de ciertas formas de imperialismo y de la aceptación del mismo. Cuando los medios difunden el inglés (no son los únicos, por supuesto, recordemos los anuncios, ahora llamados “banner”, plagados de palabras en inglés a lo largo de nuestras calles), porque el mercadeo (“marketing”) así lo exige, están sin duda imprimiendo en la conciencia de sus lectores la prioridad de una lengua, y de quien la habla, para triunfar en un campo a su vez fundamental para el desarrollo nacional: los negocios. Si, como dice Manuel Castell, “la forma esencial de poder está en la capacidad para modelar la mente”<sup>33</sup>, el lenguaje sigue siendo hoy el instrumento más fuerte para seguir modelando mentes y ponerlas al servicio de quienes controlan

los mensajes. La “guerra de los poderosos contra los débiles”<sup>34</sup> de la que hablaba Juan Pablo II tiene muy diversas manifestaciones. Y aunque aprender una lengua es, sin duda, un enriquecimiento cultural y un aumento de las posibilidades de diálogo y, por tanto, de humanización, es preciso ser crítico, y más desde la universidad, con la simbología que puede rodear la difusión de una lengua en ciertos campos de la cultura, mientras se abandona la riqueza plurilingüística de muchos de nuestros países.

La capacidad crítica, decíamos, solo se convierte en cultura cuando se viven comunitariamente una serie de ideales. Una universidad jesuita debe ser en su interior una comunidad solidaria. Ellacuría solía decir que “la universidad como inspiración cristiana no es un lugar de seguridad, de intereses egoístas, de lucros honoríficos o económicos, de vistosidades mundanas; es un lugar de sacrificio, de entrega personal, de renuncia”<sup>35</sup>. Si la generosidad es la virtud característica de la comunidad solidaria, debe ser también la actitud permanente del catedrático y demás colaboradores universitarios. Cuando la UNESCO ha hablado de cultura de paz, menciona invariablemente la necesidad de liberar la generosidad. Aunque en una universidad la investigación y la docencia son fundamentales, los servicios, tanto de cara al alumnado como a los profesores o a la gente del exterior de la universidad no pueden ser funciones en las que la burocracia domine sobre el servicio y el sentir al otro como prójimo. Es imposible crear una sociedad fraterna si no desarrollamos comunitariamente la fraternidad en nuestras instituciones. Y así mismo, no habrá una cultura realmente fraterna y solidaria si la universidad se queda encerrada en sí misma, mirando su ombligo y poniendo su centralidad en sí misma. El desarrollo de una proyección

31. *Evangelii gaudium*, n.º 55 y 56.

32. *Quadragesimo anno*, 107.

33. Manuel Castells. *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza Editorial, pág. 24, 2009.

34. *Pastores Gregis* n.º 67

35. Ignacio Ellacuría. “Discurso a los diez años de la UCA”, en *Escritos universitarios*. San Salvador: UCA Editores, 1999, pág. 90.

social que involucre a la universidad en las luchas de los empobrecidos de la historia que buscan su liberación resulta indispensable para la propia creación de cultura solidaria al modo ignaciano.

Por si no quedara clara esta necesidad, podemos ver que la pobreza y exclusión, la violencia, la migración, el subempleo característico del auge de la economía informal, la opinión pública, las transformaciones culturales impuestas por la modernidad que ha irrumpido violenta y rápidamente en nuestras sociedades son temas, entre otros, profundamente relacionados y a los que no se puede llegar con seriedad desde una sola disciplina. Crear comunidad universitaria, hábitos de enfrentamiento multidisciplinar de los problemas, diálogo permanente entre todas las instancias universitarias, investigaciones conjuntas, es nuestra expresión de la comunidad solidaria que, desde la universidad, queremos que dé el mayor fruto.

### **3. Formadores de personas para el diálogo y la construcción de la justicia**

La universidad forma personas para el diálogo. Debe mantener como comunidad creativa un diálogo interno enriquecido por el estudio y por la realidad como objeto del estudio. Esquemas autoritarios o verticales son enemigos tanto de la ciencia como del diálogo. La comunidad de los amantes del saber tiene que promover, interna y externamente, el diálogo como camino prioritario de convivencia y búsqueda de soluciones. Kant advertía ya en “La paz perpetua” que “la fuerza perjudica inevitablemente el libre juicio de la razón”. Y Gianni Vattimo, en “Crear que se cree”, nos recordaba que “La única definición filosófica posible de la violencia es que esta acalla toda nueva pregunta”<sup>36</sup>. La apertura frente a la realidad, el diálogo como fuente de acceso al conocimiento, es siempre constructivo, aunque tenga que pasar por la

crítica y el debate. Si una de las características ignacianas es la capacidad de tomar decisiones libres desde el discernimiento espiritual, no hay que olvidar universitariamente que el discernimiento siempre tiene un elemento de crítica al contrastar la realidad con el Evangelio. Frente a la fuerza bruta que silencia y ahoga, la universidad, en cuanto comunidad solidaria de los amigos del saber, abre mentes y dispone actitudes para trabajar en la construcción de la paz con justicia.

Una universidad jesuita no puede ser, desde esta visión, una universidad profesionalizante. En general, este tipo de universidades fomenta el desarrollo individual considerando el conocimiento casi como una mercancía. A lo más que llegan es a fomentar una solidaridad indolora ante casos de desastre, pero no inciden institucionalmente en la realidad y la problemática nacional, todo lo contrario de esa tradición universitaria de gratuidad y de servicio existente desde sus inicios, poco relacionada con el mercado y profundamente unida a la reflexión y la búsqueda del sentido de la vida. La universidad profesionalizante, por el contrario, se mueve en el mercado de los títulos. Amparadas hoy por los Tratados de Libre comercio, este tipo de universidades se han multiplicado en América Latina y, con frecuencia, se convierten en nuestras competidoras. Generalmente, sirven de profesionales a las exigencias del mercado, están dedicadas a la reproducción de lo ya existente, alejan los intereses del alumno de lo público y convierten la profesión y el título en una inversión que hay que recuperar desde los principios economicistas de recuperación de la inversión. Competir con ellas en graduar “profesionales exitosos para sociedades fracasadas”, como decía nuestro recordado P. Xabier Gorostiaga, no tiene sentido desde nuestra óptica universitaria. Esta llamada de atención de nuestro recordado compañero tiene su importancia hoy cuando la FIUC (Federación Internacional de Universidades Católicas) ha realizado un amplio estudio en varias de sus universidades

36. G. Vattimo. *Crear que se cree*. Barcelona: Ed. Paidós, 1996, pág 77.

afiliadas, encontrando que “la mayoría de los estudiantes de las universidades católicas del mundo (...) se revela como poco abierta a las responsabilidades del ideal humanístico de generosidad social, propio de las universidades católicas”<sup>37</sup>. Nuestros estudiantes junto con la calidad profesional deben desarrollar, simultáneamente, una conciencia social capaz de expandirse y de convertirse en una fuerza material liberadora.

#### 4. Universidades llevadas entre grupos diversos: jesuitas y laicos

La universidad es llevada de hecho hoy por jesuitas y laicos. En los primeros siglos de existencia de la Compañía, el laico participaba solamente como el corrector, con frecuencia a través de castigos físicos, en nuestros colegios. Era el brazo “secular” de la S. J. en el pasado. Hoy nos resulta evidente que la misión universitaria es demasiado compleja como para llevarla solos. Al mismo tiempo, el decrecimiento de los miembros de la Compañía de Jesús exige una colaboración mayor en todos los aspectos. Colaboración que efectivamente debe construirse sobre una visión y misión compartida. Conocer, debatir y buscar juntos jesuitas y laicos como aplicar la misión de la Compañía de Jesús a la realidad universitaria y a la realidad nacional es indispensable para que el trabajo conjunto tenga influjo y peso. Necesitamos programas de formación que nos renueven a unos y otros, así como desarrollar formas de espiritualidad coincidentes, inspiradas en la fe cristiana y en el modo de Ignacio de vivir la fe.

La inspiración cristiana arraigada en el mensaje del Evangelio es el paso fundamental. El modo ignaciano de vivir la fe, personalista, comunitario, en actitud permanente de discernimiento y profundamente universalista debe ser el sello que nos caracteriza. La misión actual de la Compañía, que trata de unir fe y justicia nos ubica en una dimensión de trabajo a la par crítica y

constructiva. La lucha contra la pobreza y la desigualdad, contra la violencia y la manipulación de las conciencias, debe tener como base el afán de desarrollo personal y social coherente con los derechos humanos y con la búsqueda del desarrollo de las capacidades humanas. El pleno desarrollo de las capacidades de nuestra gente y la integración de las mismas en una convivencia social solidaria son el camino imprescindible para conseguir nuestros ideales. Los *Ejercicios espirituales* se convierten en este contexto en el instrumento de acercamiento mutuo entre jesuitas y laicos y en la forja de un mismo sentir y vivir la misión universitaria.

Podemos repensar, desde estas ideas, diversos niveles de colaboración; y ciertamente hacerlo desde la vocación laical, no desde el intento de crear “minijesuitas”. Se trata, en definitiva, de sumar esfuerzos, desde la buena voluntad, los derechos humanos, la generosidad, el reconocimiento inspirador de los evangelios y el camino ignaciano medido desde la integración fe-justicia. La universidad jesuita no discrimina, sino que suma y añade, siempre los ojos puestos en el fin de humanizar nuestras sociedades y personas. Sabiendo que la humanización máxima culmina en la persona de Jesucristo, pero sabiendo unir todos los caminos hacia ese bien más universal que es una humanidad reconciliada, justa y solidaria, en la que toda persona tiene autonomía para el desarrollo de sus capacidades. La acción liberadora, la divulgación, la investigación, la vivencia de valores, el acompañamiento personal y el cuidado por el desarrollo integral del ser humano son caminos que se unen en la investigación, la docencia universitaria, el debate sobre la realidad y la producción de conocimiento.

#### 5. Universidades libres para servir y liberar

Es cierto que vivimos en una sociedad donde el mercado tiene una enorme fuerza.

37. Noticia extraída de la revista *Religión Digital*.

Y que nuestra condición de universidades privadas conlleva el peligro de elitismo. La antigua universidad jesuita era gratuita (se exigía para iniciar una universidad la existencia de fundaciones económicas que las financiaran) y mantenía unas dependencias que no pasaban del agradecimiento a los donantes. Hoy existe el peligro de que el mercado organice la universidad; y con frecuencia, un mercado que no brilla por su conciencia social ni por el establecimiento de regulaciones necesarias para proteger a la persona contra posibles abusos. Para nosotros, el mercado no puede ser la única razón por la que hacemos ofertas diversas de estudio. Aunque lo tengamos en cuenta, es necesario que incluso las carreras de mayor mercado tengan fines en sí mismas que las identifiquen como camino hacia el desarrollo equitativo y como generadoras de actitudes abiertas a las necesidades de los más pobres y a la justicia. De lo contrario, reproduciríamos fácilmente la cultura del desecho, como la llama el papa Francisco, o la “economía que mata”<sup>38</sup>, por seguir con su discurso. El P. Ibisate, otro clásico de nuestras universidades, solía decir al hablar de algunos egresados que “pasaron por la universidad, pero la universidad no pasó por ellos”. Incluso nuestros servicios a la empresa o al Estado deben encontrar la manera de llevar nuestro propio sello.

El conocimiento y la investigación no son neutros, y menos en una región como la nuestra que está caracterizada por tener índices de desigualdad que están entre los más altos del mundo. La universidad jesuita o ignaciana tiene que ser necesariamente liberadora en unas sociedades donde las estructuras sociales son con frecuencia injustas. Así como la capacidad efectiva de fuego marca la letalidad de una guerra, en esta guerra no armada de “los poderosos contra los débiles”, la letalidad se mide por la pobreza y por la desigualdad existente. La excelencia

académica, si bien no puede olvidarse ni marginarse, debe complementarse con la conciencia de la realidad, el espíritu crítico y el desarrollo de las actitudes solidarias transformadoras. Aunque es cierto que la calidad de nuestras universidades depende de nuestros propios docentes e investigadores, la calidad debe siempre ir acompañada de una claridad mental y analítica que ponga el saber al servicio del buen hacer solidario y equitativo. Ellacuría insiste en que toda labor universitaria debe estar “orientada y animada por una clara intencionalidad política, que no desfigure la tecnicidad de la labor universitaria, pero sí la obligue a optar y orientarse por una opción política fundamental”<sup>39</sup>. Evidentemente, se habla ahí de una opción no partidista, que implica investigación, diálogo, compromiso y acompañamiento en la lucha de quienes sufren una clara exclusión o marginación que golpea su dignidad humana.

La responsabilidad de ser una universidad liberadora tiene sus obstáculos. Unas veces en su propia estructura excesivamente vertical, que tiende a reproducir formas de autoritarismo tradicionales. La escasa valoración de la investigación, tanto de parte del Estado como de la empresa, la valoración predominante de la calidad profesional técnica, que excluye la investigación, los aspectos culturales de nuestros países que tienden a enmascarar las responsabilidades sociales y a ideologizar la realidad, o incluso la carencia de una visión unitaria del mundo y de la propia realidad pueden crear divisiones y dificultar un trabajo en común. La soberbia del saber, creyendo que el conocimiento convierte en superiores a las personas, inhibe una verdadera actitud liberadora y crea una clara deriva hacia un paternalismo conservador. La universidad de inspiración cristiana necesita enfrentar la realidad del mundo desde una visión liberadora. Un mundo que separa, que divide entre ricos y pobres, sabios e ignorantes, hombres y

38. “Hoy tenemos que decir «no a una economía de la exclusión y la inequidad. Esa economía mata”. Evangelii gaudium, n.º 53.

39. Ignacio Ellacuría. *Escritos universitarios*. San Salvador: UCA Editores, 1999, pág. 95.

mujeres, ricos y pobres, superiores e inferiores, y asigna en la práctica grados diversos de dignidad, bienestar, oportunidades y futuro, tiene que chocar necesariamente con la inspiración cristiana de una universidad. Ante el saber, que como todo poder humano tiene su propia *hybris* (soberbia de la vida), las universidades necesitan también la filosofía del samaritano frente a la realidad para ser plenamente universidad-universalidad, una filosofía que tiene que ser, simultáneamente, institucional y personal. “Solamente los hombres libres de todo egoísmo pueden humanizar y salvar el tercer mundo”<sup>40</sup>, decía el rector mártir de la UCA de El Salvador. Reinventar la generosidad personal y social, es parte de esa necesaria misión liberadora de la universidad.

### Conclusión

En Centroamérica, unidos por una misma cultura y por problemas muy semejantes, la tarea liberadora debe realizarse en conjunto. Nuestros países necesitan unirse cada vez más y emprender juntos caminos de justicia social y convivencia pacífica. Liberarnos de las fronteras que nos separan, tanto nacionalmente como a nivel personal, es un bien para nuestros países. Somos herederos de una tradición solidaria, de un mestizaje cultural que nos abre a la diversidad, de una religiosidad que nos remite a la compasión y la amistad. Pero también hemos heredado pautas culturales que hunden sus raíces en el autoritarismo, el racismo y el machismo, así como en una

tendencia a estratificar a la población en sectores con diversos derechos en la práctica de nuestro diario vivir. La fuerza de nuestro saber debemos ponerla juntos al servicio de una Centroamérica unida, capaz de emprender con mayor eficacia un desarrollo humano centrado en los derechos de la gente y en el desarrollo de sus capacidades. Para ser libres nos ha liberado Cristo, decía Pablo en la carta a los Gálatas. Podemos decir nosotros también, desde esa profunda convicción, que somos universidades de inspiración cristiana e ignaciana profundamente libres, y capaces de poner nuestra libertad al servicio liberador de toda injusticia y exclusión. En una película ya antigua de Gillo Pontecorvo, “Queimada”, el protagonista secundario, un negro que había dirigido el ejército independentista de una isla caribeña dedicada a la exportación de azúcar, y que después había dirigido la guerrilla contra los blancos que quedaron como dueños y señores de la independencia, tan explotadores como los señores coloniales, decía a quien le tentaba con el perdón a cambio de renunciar a sus ideales: “Ustedes saben cómo caminar, pero no saben a dónde van; nosotros sabemos a dónde queremos ir, pero no hemos aprendido aún a caminar”. La universidad, desde su saber buscar, desde su afán de saber, desde su pacifismo y confianza en el diálogo, debe acompañar a nuestros pueblos en esa búsqueda radical de justicia, paz y desarrollo equitativo, y aprender con ellos a caminar hacia un futuro más justo y solidario.

40. Ignacio Ellacuría. *Escritos teológicos IV*. San Salvador: UCA Editores, 2002, pág. 223.